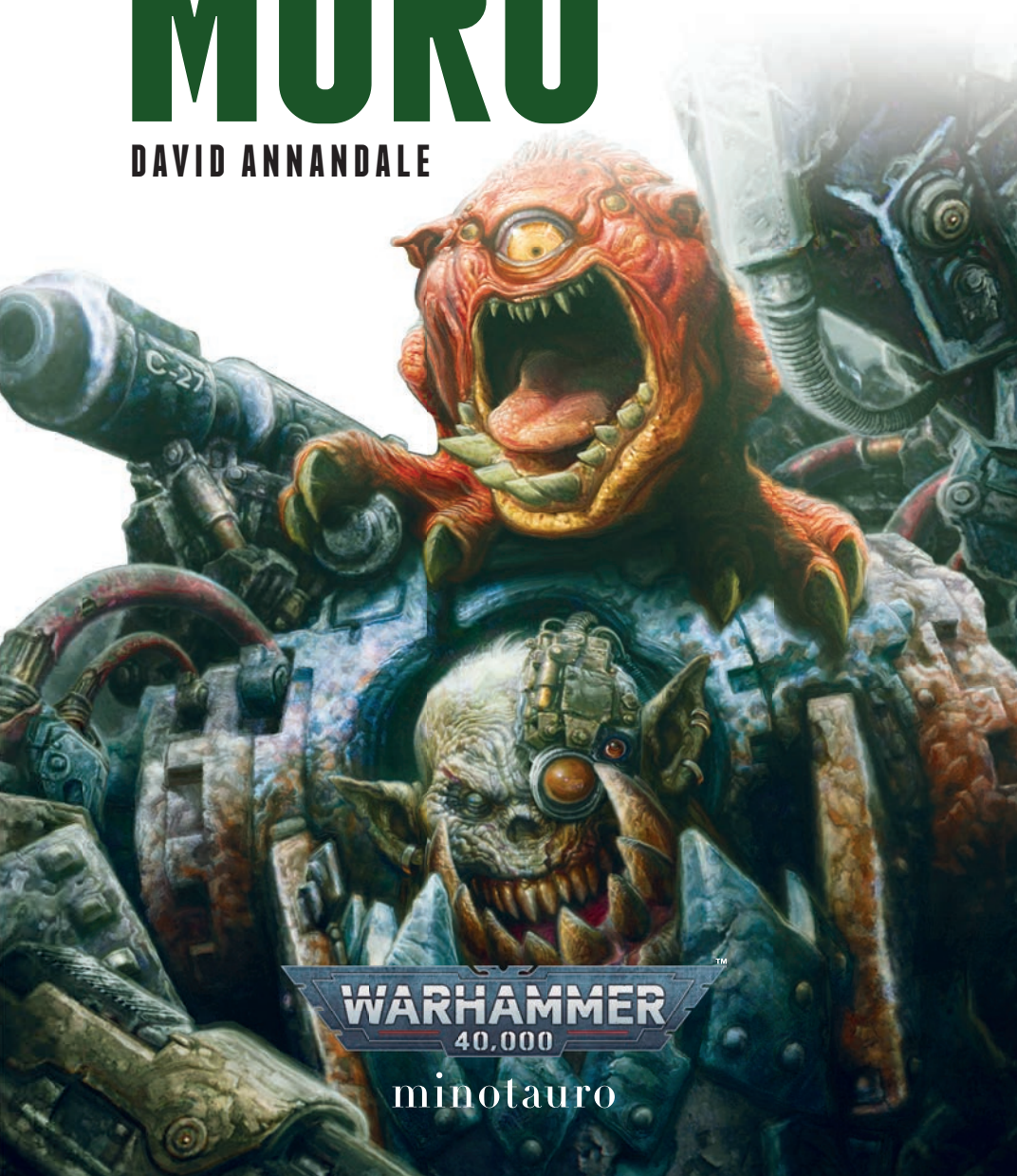


# EL ÚLTIMO MURO

DAVID ANNANDALE



EL DESPERTAR  
DE LA  
BESTIA



**WARHAMMER**  
40.000

minotauro



**EL DESPERTAR DE LA BESTIA**

**LIBRO IV**

# **EL ÚLTIMO MURO**

**DAVID ANNANDALE**

**minotauro**

*El despertar de la Bestia nº 04/12 El Último Muro*

Published by Black Library  
Copyright © Games Workshop Limited  
Originally published as *The Beast Arises: The Last Wall*

*The Last Wall, El Último Muro*, GW, Games Workshop,  
Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas,  
vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos  
países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia.  
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Rocío Morón González, 2023

ISBN: 978-84-450-1839-2  
Depósito legal: B. 11.723-2024  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

# UNO

## TERRA – PALACIO IMPERIAL

Todos los gritos se habían fundido en uno solo. En la avenida de los Mártires, a la sombra de la catedral del Emperador Salvador, rodeaban a Galatea Haas en una variedad infinita. Cada peregrino, hombre o mujer, niño o adulto, rico o pobre, era un retrato del pánico, un alma que daba rienda suelta al terror más profundo. La rica paleta de la humanidad al completo aullaba a su alrededor. Algunos de los gritos eran de dolor y otros estaban causados por la propia Haas al blandir su maza de energía, pero, a la postre, todo el miedo y la muerte se mezclaban en un solo grito colectivo.

—¡Atrás! —gritaba Ottmar Kord una y otra vez, con la voz ronca por la frustración y el odio desesperado—. ¡Atrás, atrás, atrás! —El otro arbitrador estaba a unos metros a la izquierda de Haas, lanzando golpes a su alrededor con la misma violencia que

ella. Se encontraban en medio de una turba de gente que se había convertido en vorágine. Golpeaban con sus mazas de energía con tanta fuerza que ya habían matado a unos cuantos peregrinos. Las descargas eléctricas incapacitaban sistemas nerviosos, pero los impactos físicos partían cráneos.

—¡Atrás, atrás, atrás!

Atrás, ¿adónde? Haas echó el peso del cuerpo sobre su escudo para resistir el empuje, pero no estaba controlando a la muchedumbre. No había un frente que defender. Los nueve arbitradores eran rocas diseminadas en la tumultuosa corriente. Su procurador, en una conjunción de mala suerte, había sido arrollado en los primeros momentos de pánico. No debería haber ocurrido. Morrow era indestructible. Era un muro. Una simple turba no podía haberlo sobrepasado. Pero la multitud, atrapada en aquel grito, había sido tan fuerte que lo había derribado. Los arbitradores no estaban restableciendo el orden. Estaban arremetiendo contra el caos.

—¡Atrás, atrás, atrás!

El grito de Kord era inútil. Las palabras eran meros sonidos, el ritmo enrabiado que acompañaba sus impactos. Eran su grito. Haas también estaba gritando. Vociferaba a los peregrinos mientras los abatía a golpes. Arrojava su ira contra el miedo de ellos porque, al igual que Kord, si no lo hacía, se volvería parte del gran grito. Comprendía el miedo. Igual que los demás.

El universo había traicionado a la gente. En la sagrada Terra, donde se creían más protegidos por el abrazo del Emperador, habían alzado la vista y el cielo se había convertido en su enemigo.

La luna orka parecía rozar los chapiteles del Palacio Imperial. Era un monstruo de roca y metal. Aquella esfera amorfa representaba todos los tipos de amenaza. Era el ojo del juicio alienígena, el rostro de la derrota imposible pero inminente y el puño que venía a aplastar toda esperanza. No debería ser. No podía ser. Y, por el mero hecho de existir, ponía en duda todo lo demás.

Era el final.

Las olas de la tormenta gravitatoria sacudieron Terra. El suelo se bamboleó bajo los pies de Haas. Se arqueó. Las fachadas se desmoronaron. A un centenar de metros, los bloques de viviendas que había a ambos lados de la avenida se desplomaron. Desaparecieron junto con sus habitantes en una nube de rococemento pulverizado. El polvo sumió la calle en un limbo que enseguida se llevaron los vientos huracanados levantados por la llegada de la luna.

La gente corría a ciegas. Arrollaban a los que habían caído a la ondulante tierra. No veían a Haas hasta que los derribaba. Algunos no se percataban de su presencia ni siquiera entonces. Huían hacia ninguna parte y lo único que veían era la fortaleza estelar, estuvieran mirando al cielo o no.

Haas también la sentía. Sentía el peso de su presencia amenazando con aplastar su espíritu. Si su resolución flaqueaba, estaba acabada. Esto lo comprendía a un nivel animal. En las profundidades del frenesí había poco espacio para lo racional. Volvió a rugir, embistió con el escudo y obligó a los peregrinos que había ante ella a retroceder tres pasos enteros. Un hombre alto y corpulento ataviado con finos ropajes, algún aristócrata menor en su mundo de origen, arrolló al hombre y la mujer que estaban delante de él y chocó contra ella. Haas lo golpeó con la maza de energía en un lado del cuello. La electricidad recorrió el cuerpo del hombre. Sus extremidades se pusieron rígidas, vibrando, y cayó de espaldas.

Tras él se cernía el muro de un bloque de pisos. Estaba a menos de diez metros de Haas. Desde el centro de la avenida los lados de la calle le habían parecido estar a una distancia imposible, pero al final los remolinos de la turba la habían empujado hasta un punto de apoyo. La posibilidad de realizar una acción orientada a un propósito la hizo concentrarse.

—¡Kord! —lo llamó—. ¡El muro!

Volvió a empujar, intentando acercarse a la fachada del edificio. Oyó a Kord llamar al arbitrador más cercano, Baskaline, y así se corrió la voz. Sus camaradas la siguieron. Empezó a formarse un frente de nuevo.

Los peregrinos se contaban por cientos de miles. No era posible dispersarlos. Pero Haas se aferraba a la nebulosa idea de separar un fragmento de la turba, hacerla detenerse y crear una primera isleta de orden.

Eso apenas era un plan, pero el hecho de que existiese le daba una sensación de victoria.

Kord, Baskaline y los demás se acercaron abriéndose paso a golpes. Unieron sus escudos al de ella. Paso a paso, implacables, presionaron hacia el bloque de pisos. Los gritos llenaron los oídos de Haas, que siguió vociferando. Apenas se oía a sí misma. Sin embargo, sentía su propia rabia en el dolor de su garganta. Un fuerte golpe del escudo, una descarga de la maza, un paso y vuelta a empezar, una y otra vez. La fachada se acercaba.

De repente, hubo un movimiento, algo que se volcaba a su izquierda, por el rabillo del ojo. Giró la cabeza. La muchedumbre había derribado el carro de un vendedor de comida. La hornilla estalló, rociando promethium en llamas sobre los peregrinos.

El gran grito adquirió nuevas notas de dolor. El fuego se extendió rápidamente.

En la Gran Cámara no se oía el grito.

Había una razón oficial por la que los Altos Señores se habían reunido en la inmensidad de la Cámara por primera vez en años. El momento era grave y exigía un regreso a la tradición más sagrada. Eso era innegable. Y no tenía nada que ver con la decisión de celebrar la sesión allí. Vangorich conocía otras razones, algunas rumoreadas, otras del todo calladas. La biblioteca Clanium

aún estaba cubierta por los instrumentos de la vanagloria del almirante Lansung. El Cerebrium, el escenario favorito de todos para los juegos de poder, ahora resultaba aterrador. Desde lo alto de la torre Levógira, la luna orka parecía estar más cerca. Aun con los postigos cerrados, la presencia en el cielo pesaba sobre la sala. El Cerebrium estaba demasiado expuesto.

Terror y política. El gran maestro del Oficio Asesinorum se preguntaba si realmente había alguna diferencia entre ambos. Las pequeñas guerras de los Altos Señores y sus disputas por conseguir la preeminencia eran al menos producto tanto del miedo que se tenían unos a otros como de su codicia personal. Ni siquiera hoy, a la sombra de un terror más agudo del que ninguno de aquellos fantoches había conocido en su vida, dejaban de calcular y manipular. Los orkos se encontraban a las puertas de Terra, pero hasta que no estuvieran en el propio Palacio Imperial, y quizá incluso entonces, seguirían siendo una amenaza distante. Los otros Señores estaban aquí ahora. Las amenazas que suponían los unos para los otros eran claras y urgentes. La necesidad de neutralizar al enemigo fraternal nunca cesaba.

«Y por eso estamos aquí», pensó Vangorich. La Gran Cámara, cuyos muros habían sido reforzados durante la reconstrucción que hubo tras el Asedio, era el lugar más seguro en el que celebrar una sesión y también el más aislado del mundo exterior. La terrible luna había llegado y había hecho temblar la tierra, pero esos muros se mantenían firmes. El grito no conseguía atravesarlos. Los Altos Señores podían concentrarse en sus agendas. Podían reducir la amenaza de los orkos y el colapso del orden a abstracciones, abstracciones que se podían debatir y convertir en factores dentro de narrativas personales, en lugar de afrontarlas en toda su terrible realidad.

Los Señores tomaron asiento en el estrado central. A su alrededor resonaba el vacío de las gradas de la Gran Cámara. Hacía

décadas que no se llenaban. Vangorich aún recordaba los días en los que el Senatorum al completo se sentaba en ellas. Cientos de miles de personas, debates que se derramaban desde el estrado y rompían en una multiplicidad de discusiones. El proceso era caótico, a menudo lento y frustrante, y resultaba sorprendente que funcionara siquiera. Pero funcionaba y funcionaba bien. Los recuerdos de esa forma viva de gobierno se sentaban en silencio acusador en los bancos, flotando bajo el distante techo con su fresco de la Gran Cruzada y se reunían en la severa mirada de la enorme estatua de Rogal Dorn.

—Estás sentando un precedente, lord comandante —le dijo Vangorich a Udin Match Udo después de que Tobris Ekharth, el maestro del Administratum, hubiera llamado la sesión al orden—. El hecho de que nos estemos reuniendo aquí no pasará desapercibido. Otras voces exigirán ser escuchadas. —Se deleitó en cierta medida en recordarles a los Altos Señores que el grito acabaría por encontrarlos aquí. No podían esconderse de los acontecimientos. Si la Gran Cámara se usaba, se llenaría.

Udo no se inmutó.

—Así es, gran maestro. Así es como debe ser, en este momento de crisis. Serán escuchadas, a su debido tiempo.

Vangorich asintió, con expresión neutra. Udo no estaría pensando en repartir la culpa del fracaso, ¿verdad? El lord comandante comprendía que el fracaso conllevaba la destrucción de todo el mundo, ¿verdad? El temor de Vangorich de lo que iba a acontecer a Terra, ya agudo, empeoró ante la idea de que los Altos Señores no estuvieran tan asustados como deberían.

—Almirante —le dijo Udo a Lansung—, ¿qué recomiendas?

La pregunta tenía un tono y una formulación respetuosa. No tenía que sonar como un ataque para serlo. La sesión se estaba celebrando lejos de los símbolos de autoridad que tenía Lansung en la biblioteca Clanium. Udo no estaba solicitando su consejo.

Estaba señalando la debilidad del alto lord almirante y distanciándose de un antiguo aliado antes de que su caída pudiera perjudicarlo.

—Nuestras opciones son limitadas —contestó Lansung. Su rostro, normalmente rubicundo, estaba gris. Sus generosas carnes colgaban de su figura como si tiraran de él hacia el suelo. Lo habían derribado en su momento de triunfo. Se le habían acabado las bravatas y las maquinaciones. Pero, pensase lo que pensase Vangorich de Lansung como político, sabía que era un brillante estratega militar. Era el único entre los Altos Señores que había luchado contra los orkos. Tenía una comprensión real de lo que les había acaecido y habló con una desesperanza nacida del realismo—. He ordenado el regreso inmediato a Terra de la flota que se dirigía al núcleo. Pero los orkos están aquí ya. Tenemos la Autocephalax Eterna y su escolta, junto con aquellas naves que han permanecido en patrulla local y no han sido destruidas por la tormenta gravitatoria. El equivalente a un escuadrón. No mucho más.

—Ya has destruido una luna orka —dijo Juskina Tull. La portavoz de los capitanes cartistas había conservado todo el *glamour* de su vestimenta en el vuelo desde la Vía Pretoriana. Cuando se había puesto en pie junto a los demás para dar la bienvenida a Lansung como un héroe triunfal, la belleza de su vestido había parecido reconocer la importancia de la ocasión. Ahora le confería un aire de autoridad—. Sabes cómo hacerlo de nuevo, ¿verdad? —Su tono era cortante. Vangorich oyó en él la expectación, quizá incluso la esperanza, de que Lansung respondiera negativamente.

Él no la decepcionó.

—La fortaleza contra la que combatimos tenía una fracción del tamaño de esta —dijo—. Si la órbita de esta luna estuviera tan próxima a Terra como la que había sobre Ardamantua, los

levantamientos tectónicos habrían sido devastadores. A su vez, nuestros recursos no son nada comparados con los que teníamos en Port Sanctus. Si lanzamos un ataque, los orkos nos machacarán desde el vacío. La opción menos mala es adoptar una postura defensiva. Podemos albergar la esperanza de conseguir mantener a los orkos a raya hasta que lleguen nuestras fuerzas principales.

*Podemos albergar la esperanza.* A Vangorich no se le escapó la elección de palabras. Una invitación a hacerse ilusiones y nada más.

—Pero los orkos podrían estar aquí en cuestión de horas —dijo Mesring. El eclesiarca del Adeptus Ministorum, el otro aliado de Lansung, lo abandonaba ahora—. ¿Cuánto tiempo esperas que aguantemos?

—Si conoces alguna forma de acelerar el viaje por la Disformidad, soy todo oídos —contraatacó Lansung.

—Si los orkos tienen la temeridad de aterrizar, los repelaremos —dijo Abel Verreault. El lord comandante militar del Astra Militarum era el miembro más joven de los Altos Señores. Desde que había sucedido a lord Heth, lo habían marginado y a sus tropas no se les había encomendado ningún papel en la campaña dirigida por Lansung. Su declaración fue recibida por unos segundos de silencio incómodo. Todas las personas del estrado deseaban que estuviera en lo cierto. Pero los orkos habían destruido a los Imperial Fists en combate terrestre.

—No se puede hacer mucho mientras la anarquía reina tras estos muros —sentenció Udo. Miró a Vernor Zeck, el gran preboste mariscal del Adeptus Arbites. Todos lo imitaron. Vangorich percibió un consenso implícito, apenas consciente, de cambiar el foco hacia Zeck. Era plausible ver el pánico como la primera urgencia. Si no era ya un fenómeno mundial, lo sería en veinticuatro horas. Había un riesgo real de que un colapso total del orden les hiciera el trabajo a los orkos.

Aun así, a Vangorich le hervía la sangre ante la abdicación de responsabilidad sin tapujos que estaba presenciando. Si la acción dependía de que Zeck restaurase el orden, los demás Altos Señores estaban absueltos de la necesidad de tomar ninguna decisión crítica por sí mismos hasta que las fuerzas del Adeptus Arbites hubieran calmado el pánico.

—¿Nadie propone ninguna otra acción? —preguntó.

—No hay ninguna que se pueda emprender, más allá de la preparación de defensas orbitales —dijo Udo, lanzando una mirada significativa a Lansung. Nadie lo contradijo.

Zeck no respondió. No se había movido desde que había tomado asiento. Tenía tantos augméticos que era poco más humano que el fabricante general Kubik. Ninguno de los dos había reaccionado a nada de lo que habían dicho los demás. Llevaban toda la sesión como estatuas. El señor del Mechanicus era una colección insectoide de ángulos metálicos, sensores y tubos. El preboste mariscal era una mole achaparrada, la personificación mecánica y orgánica de la violencia necesaria de la ley. Apartó su atención del flujo de informes que estaba recibiendo su oído biónico con visible renuencia.

—La situación es cambiante —dijo.

—No puede seguir siéndolo —dijo Mesring—. El desorden es herejía.

Zeck volvió la cabeza para mirar al eclesiarca.

—¿Te gustaría dirigirte a las masas que hay fuera? —Ante la falta de respuesta de Mesring, Zeck se puso en pie. Su atención había estado más allá de la Gran Cámara, calculando los vectores del que quizá fuera el mayor ejercicio de control de multitudes de la historia humana. Ahora se daba cuenta de que la situación le estaba ofreciendo el mango de la sartén. Por el momento, los demás Altos Señores habían renunciado a su capacidad de acción.

«Oportunidad —pensó Vangorich—. No puedes resistirte a su aroma, ¿eh?»

Verreault comenzó:

—El Astra Militarum...

—No es una fuerza policial —lo cortó Zeck.

El lord comandante militar se puso rojo. No era mucho más joven de lo que lo había sido Heth, pero sus batallas le habían dejado pocas cicatrices visibles. Era bajito y su constitución enjuta parecía poca cosa con el uniforme. Estaba luchando contra la imagen de ser un soldadito de juguete. La corrección de Zeck no ayudaba.

—Si me disculpáis —dijo Zeck al resto de los Doce—. Tengo trabajo que hacer. —Se alejó del estrado a grandes zancadas.

—¿Cómo vas a pacificar el planeta entero? —le dijo Ekharth mientras se iba.

Zeck no mostró signo alguno de haberlo oído.

Vangorich miró al furioso Verreault y sintió el peso de su propia impotencia. Se había pasado meses luchando por hacer que los Altos Señores actuaran a tiempo para contener una amenaza letal contra el Imperio y había fracasado. El Oficio Asesinorum no tenía tropas que ofrecer contra una invasión a Terra. ¿Le quedaba algo que intentar para defender el Imperio? Podía vigilar las deliberaciones. Podía evaluar los esfuerzos para luchar contra los orkos. Quizá, solo quizá, pudiera atajar más decisiones desastrosas.

«Como si tú lo hubieras estado haciendo tan bien... —pensó—. ¿En qué eres mejor que estos bufones?»

Por el momento, no tenía ninguna respuesta que darse.

El fuego corrió hacia los bloques de pisos. Las paredes, impregnadas de siglos de humo de petróleo y podridas por la pobreza, prendieron. El avance de Haas vaciló. En cuestión de segundos, su objetivo se había convertido en un muro de llamas. Una nueva variación se unió al coro del gran grito. Los habitantes chillaban al incinerarse. El incendio se convirtió en una

tormenta de fuego. Se extendió a izquierda y derecha a lo largo de la avenida de los Mártires. Saltó recorriendo los altos arcos que cruzaban la vía y viajó a espaldas de los peregrinos, a los que convirtió en antorchas ambulantes. Pronto, ambos lados de la avenida estaban ardiendo.

Los arbitradores se detuvieron. El plan de Haas se había desintegrado. La gente intentaba alejarse de las llamas, pero las llamas estaban por todas partes. Su crepitar creció hasta convertirse en un rugido hecho de chasquidos, en un viento con fauces. Los peregrinos se encogieron huyendo del calor. Se apiñaron en el centro de la avenida. Se convirtieron en una sólida barrera de carne. La aglomeración era tal que incluso los que habían quedado inconscientes por las mazas de energía se sostenían en pie debido a los cuerpos que los rodeaban.

—No estamos haciendo nada —dijo Kord.

—¡Formad un círculo! —gritó Haas.

Los arbitradores se colocaron en estrecha formación. Sus escudos de supresión interconectados formaron un muro perimetral, un refugio contra la multitud y el fuego.

—Estamos demasiado cerca —dijo Baskaline.

Daba igual que tuviera razón. El centro de la avenida sería mejor.

—¿Puedes moverte? —le preguntó Haas.

—No.

—Entonces tenemos que aguantar aquí.

El bloque de pisos desapareció en una combustión explosiva. Haas sudaba bajo su armadura antidisturbios. Los escudos bloqueaban la intensidad de las llamas directas, pero el fuego brillaba a través de sus visores tan radiante como el sol. Al atronador rugido del incendio se unieron los crujidos de la mampostería al derrumbarse y los chasquidos de la madera al partirse.

—¡Ahí viene! —avisó Haas.

La fachada más cercana se vino abajo con la furia de una avalancha. Algunos trozos del edificio se derrumbaron sobre sí mismos, pero otras secciones del muro aterrizaron sobre la avenida de los Mártires y aplastaron a los peregrinos, a los que convirtieron en ofrendas chamuscadas. Haas y los demás arbitradores se agacharon, sosteniendo sus escudos en alto para formar un tejado protector. Escombros en llamas chocaban contra la ceramita. Haas se agachó aún más, absorbiendo el impacto de los golpes con los brazos y las piernas. Una pesada mano en llamas intentaba aplastarlos contra la acera. Ellos devolvieron el empujón, echando a un lado los escombros.

El rugido del fuego había disminuido. A través del visor del escudo, Haas pudo ver que lo peor de la conflagración lo había ahogado el derrumbamiento. Cientos de peregrinos habían quedado aplastados. No tenía ni idea de cuántos miles habrían muerto en los propios edificios.

Ahora podía avanzar. Las humeantes ruinas ofrecían refugio, la oportunidad de reagruparse y regresar a la batalla. Pasó por encima de algunos montones de escombros bajos trepando. Los demás la siguieron, sus armaduras los protegían de los fuegos residuales. El humo asfixiaba la calle entera y Haas tosió, deseando tener un respirador.

El aire sofocante terminó de ahogar las llamas del pánico. Muchos de los peregrinos supervivientes, apiñados en la calle, caían de rodillas y tenían arcadas. Aún más poderosa que el humo era la desesperación. Drenaba la urgencia del terror de la multitud. Le arrebatava la esperanza a la gente y la dejaba inmóvil ante su destino. Al otro lado de la calle, el incendio aún se alzaba como una torre desde los bloques de pisos. El derrumbamiento empezó también allí.

La destrucción marchaba en ambas direcciones de la avenida de los Mártires, pero, a su paso, dejaba algún tipo de orden.

Kord sonó como si se fuera a dejar un pulmón en el pavimento:

—No podemos quedarnos aquí —dijo.

—¿Y adónde vamos? —Baskaline no sonaba mejor.

A Haas la vista le daba vueltas. Sin embargo, no podía hacer más por mantenerse erguida. Cualquiera ruta que siguieran los llevaría de vuelta al fuego. El espacio que rodeaba a los arbitra-dores estaba bastante despejado. Si esperaban, lo peor del humo se disiparía al cabo de un rato.

—Nuestro deber no ha acabado —les recordó a los demás. La calma se había restaurado por el momento. Ahora les correspon-día mantenerla hasta que los destinaran a otro lugar.

Pasó el tiempo. El aire se despejó hasta el punto de que a Haas cada bocanada de aire que tomaba le parecía como si estuviera tragando arena caliente, en lugar de carbones encendidos. Kord levantó la mirada. No había nada que ver a través del humo. Aun así, siguió mirando como si pudiera ver el objeto de su odio.

—Tenemos que llevar la lucha a los pielesverdes —dijo.

—Lo haremos —lo tranquilizó Haas.

—No me refiero solo a la Armada Imperial y la Guardia. Me refiero a todos nosotros.

—Nuestro juramento es distinto. Estamos llamados a servir aquí.

—¿Y eso de qué sirve? Esta podría ser nuestra última batalla. Si no detenemos a los orkos, no habrá ley que proteger en Terra.

—Si los orkos aterrizan —lo contradijo Haas—, seremos más necesarios que nunca.

Kord tuvo otro ataque de tos.

—Las cosas han cambiado —dijo cuando pudo volver a ha-blar—. Todo ha cambiado.

Haas sacudió la cabeza y echó a andar para montar guardia en mitad de la marea de peregrinos, como un símbolo imbatible de que la ley del Emperador aún prevalecía. No abandonaría el

juramento de su cargo hasta que la muerte se la llevara. Era su ancla, porque Kord tenía razón. Todo había cambiado.

Y todo estaba acabando.

La galaxia tembló. Desde el Segmentum Solar a Ultima, desde Tempestus hasta Obscurus, la Bestia desató sus fuerzas contra el Imperio. Las fortalezas estelares aparecieron simultáneamente en un sistema tras otro. Un monstruo depredador de incontables millones de cabezas descendió sobre los mundos de la humanidad. Flotas y ejércitos de exultante brutalidad golpearon una y otra y otra vez. El Imperio sangró por mil heridas.

Los mundos de Ultramar se libraron de los eventos tectónicos provocados por la aparición de una fortaleza estelar en su órbita cercana. Esa fue la única misericordia que tuvieron. Los primeros en ser atacados fueron los mundos agrícolas Tarentus y Quintarn. Las naves de desembarco orkas ennegrecieron los cielos de sus ciudades. Los cruceros enemigos devastaron sus defensas orbitales. Tres compañías de Ultramarines respondieron en cuestión de horas y prendieron fuego al vacío cuando sus barcasas de batalla y sus cruceros de asalto se enfrentaron a las naves orkas.

A lo lejos, al oeste galáctico, en el Segmentum Tempestus, el mundo forja Lankast convulsionó. Las mareas geológicas desatadas por la luna orka que había sobre él abrieron vastos abismos que trazaron caminos serrados de cientos de kilómetros de largo. Sobre la tierra se extendieron ríos de lava. Ciudades colmena enteras fueron aniquiladas y cientos de millones de vidas se desvanecieron entre las olas de roca fundida. Y en las regiones más estables, en las altas plataformas continentales, rodeadas por nuevos mares de fuego, el padre de hierro Bassan Terak gritó el odio de los Red Talons. Plantaron cara al asedio orko de la colosal manufactoría con una rabia cargada de su propia fuerza volcánica. Los tanques Predator de la Tercera Compañía golpearon

las filas de orkos con la implacabilidad de un muro móvil mecanizado. Los orkos contraatacaron desde la órbita. Sin preocuparse por las bajas propias, lanzaron masas rocosas a la superficie. Unos meteoritos aporrearon la manufactoría. Las chimeneas de hierro, de cientos de metros de altura, se derrumbaron. Los estallidos de los hornos eran como erupciones solares. Los Red Talons siguieron avanzando. No tenían otra opción. Tras ellos no quedaban más que llamas.

Pero fue Klostra, un planetοide poco más grande que la fortaleza estelar que se acercaba a él, el lugar que sufrió el ataque más importante. Los habitantes de sus colonias se prepararon para una invasión que sabían que no podían detener, una invasión cuyo golpe resonaría hasta llegar a Terra.